

GRIAN

EL MANANTIAL
DE LAS MIRADAS



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escribanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Psicología, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Narrativa

EL MANANTIAL DE LAS MIRADAS

Grian

1.ª edición: febrero de 2024

Maquetación: *Isabel Estrada*

Diseño de cubierta: *Enrique Iborra*

© 2000, 2024, Grian

(Reservados todos los derechos)

© 2024, Ediciones Obelisco, S. L.

(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.

Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida

08191 Rubí - Barcelona - España

Tel. 93 309 85 25

E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-1172-109-7

DL B 19799-2023

Impreso en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S. A.

Verdaguer, 1 - 08786 Capellades - Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Prólogo	5
El Manantial de las Miradas	9
El escondite	10
El nuevo jardinero	11
El arte de la jardinería	13
La imagen de la creación	14
Un nuevo hogar	18
La carta	20
Las aguas del estanque	23
La adivinanza	25
La búsqueda	27
Conversaciones	30
Interrupción	33
La gran encina	34
Una invención infantil	36
Otra invención	37
El libro de los sabios	38
Otoño	41
Semillas	42
Por siempre aprendiz	44
El cocinero	46
Armonía	48

El mensaje	51
Un trabajo divertido	53
La lección del olivo	54
El silencio de las cumbres	56
Fantasías	58
La venganza	62
La bendición	65
Silencio	67
Despierta	68
La vida en el estanque	69
La mejor respuesta	71
Sopa de sabiduría	73
El guardia	75
La hiedra desagradecida	78
Suciedad	79
Los almendros	80
Mariposas en el cielo	83
Las normas del jardinero	86
Las ardillas	88
Hasta las cosas más serias	91
Agujeros vacíos	94
La dama del lago	96
Eternidad	102
El encuentro	103
Como niños	105
¿Alguien cree en las hadas?	107
Los enamorados	109
Las reglas del juego	111
Un poco de ayuda	114
Sólo para él	116

Despertar	120
El sueño	124
La invitación.	126
El sendero de los locos	128
Todos	130

Prólogo

La verdad es que no terminaba de hacerme a la idea de escribir una segunda parte de *El jardinero*. No me parecía honesto aprovecharme del éxito de aquel primer libro para recrearme en una nueva entrega de anécdotas y diálogos del maestro jardinero, en esta ocasión fuera del jardín, por los senderos y los caminos de su mundo más allá del espacio y del tiempo. Abandoné la idea, que apareció de forma espontánea dentro y fuera de mí, al poco de hacer unos tímidos intentos por ver cómo se sentía mi corazón ante la reanudación de la historia.

Me olvidé de aquello y, en los años siguientes, escribí otros dos libros, *Más allá del arco iris* y *El Camino de Santiago es el camino de la vida*. Casi me había olvidado del clima anímico que en mi interior había dado origen a *El jardinero* cuando inesperadamente, después de tres años, la voz que resuena en mi pecho, que no las voces del mercado, me dijo que tenía que volver al jardín.

El jardín de mi alma..., el jardín que alimenta mi esperanza...

He venido cultivando el arte de la esperanza en un mundo mejor insistentemente durante los últimos veinte años, sin dejarme vencer por la fatiga ni el desánimo, queriendo ver más la luz que nace en los corazones de los hombres que las

penumbras de nuestros extravíos y mezquindades. No ha sido fácil —nunca es fácil el empeño de los locos—, aunque siempre he conseguido mantener la mirada limpia y la frente despejada. Pero en los últimos tiempos mi alma ha llegado a dudar ante el futuro incierto que nos dibujan los que se empeñaron en cambiar el mundo sin pulir antes sus corazones, y sin meditar primero en las consecuencias que sus actos pueden desencadenar con el transcurso de los años o de los siglos.

Por primera vez he llegado a sentir el desaliento y la desesperanza ante la idea de un mundo mejor, y me he llegado a preguntar si valía la pena tanta fe depositada en un sueño que, de año en año, parece difuminarse entre las sombras de la arrogancia y la estupidez humanas.

Ciertamente, necesitaba regresar al jardín.

Necesitaba regresar a ese lugar en donde no tienen cabida las transformaciones genéticas, nacidas del capricho de unas personas que pensaron que eran más inteligentes que la Vida, y decidieron en su soberbia que aquello que los había creado a ellos había diseñado mal al resto de las especies, puesto que no cumplían con determinadas «perfecciones» de producción o beneficios.

Necesitaba regresar al jardín para curar mis heridas, para no darme por vencido, para seguir alimentando la esperanza en el hombre, dueño de un jardín maravilloso que nunca supo valorar y amar.

Necesitaba regresar al jardín para volver a sacar de dentro de mí lo mejor que la Vida sembró en mi pecho, para ofrendárselo a la Vida de nuevo, para alimentar la esperanza dormida en el rumor de lo cotidiano, frente a los fantasmas y los delirios de una civilización que prefiere vivir entre hormigón y asfalto antes que entre pinos y robles.

Necesitaba regresar al jardín...

No es que antes, cuando escribí *El jardinero*, me negara a ver el lado oscuro de los seres humanos. Siempre fui consciente de ello, y de ahí nació mi anhelo por un mundo mejor.

No. No es que me negara a ver la oscuridad que hay dentro y fuera de mí. Simplemente, elevé mi voz para recordar que la luz de nuestro pecho es mayor que las sombras que a veces lo inundan, y que el jardín de la Vida sigue estando a nuestro alcance porque está dentro de cada uno de nosotros.

Necesitaba regresar a mi jardín.

Desde la lejanía del discurrir cotidiano volví a escuchar los cantos de las hadas, el rumor de mi amigo el Viento y el murmullo dulce del Manantial de las Miradas, y en un instante de paz frente al lago comprendí que tenía que volver al vergel que el jardinero había creado en mi alma para recordarle al hombre el paraíso que siempre guardó en su pecho.

El jardinero se fue, sí, y no sé si algún día volverá. Pero el jardín permanece, ofreciendo su paz a todo aquel que ansíe alcanzarla, inundando de luz a todo aquel que se atreva a caminar por sus senderos.

Yo también, al igual que tú, necesitaba volver al jardín del corazón..., necesitaba volver a contemplar mis ojos en el Manantial de las Miradas.

Grian

Chera, 8 de abril de 1999

El Manantial de las Miradas

Canta otra vez en mis oídos el arrullo dulce de tu tintineo de cristal, y devuélveme el aliento que se deslizó por entre mis dedos bajo las voces sordas de una multitud sin rostro y sombría. No permitas, te lo ruego, que la luz de mi mirada se apague en tu reflejo.

Tú y yo sabemos que tenemos que seguir cantando incansablemente nuestros himnos de esperanza. Tú, con el murmullo incesante de tus aguas; yo, con los rumores y alabanzas de mi alma enamorada.

Atrás quedará el desaliento de la mirada razonable y el mal sueño de los actores del olvido. Atrás las promesas ácidas de victoria sobre el dolor y la muerte que los tejedores de espejismos quisieron vendernos a las puertas de nuestro santuario.

Prométeme que no volverán a nublar la luz de mis ojos, que sus voces desafinadas no volverán a turbar mi amor y mi dicha de saberme vivo.

Y prométeme que, como el caballero del grial, jamás perderé mi derecho de linaje como hijo de las estrellas, para susurrar una y otra vez hasta la eternidad las palabras que en la derrota musitara mi pecho desolado...

«Sólo me queda la esperanza...».

«Sólo me queda la esperanza...».

El escondite

Una niña de ojos negros como la noche se asomó al Manantial de las Miradas. Se apartó el cabello delicadamente de la frente y buscó la Luna de sus ojos en el azul celeste de las aguas. Durante un instante eterno estuvo contemplándose en el espejo de la alberca, y luego, con una sonrisa, sopló dulcemente sobre la imagen reflejada de su rostro, disolviéndolo en un centenar de suaves ondas plateadas.

—Te he descubierto —dijo en un susurro mientras elevaba la vista al cielo.

Y dando media vuelta volvió corriendo con su madre.

—¿Qué hacías, hija, asomada a la alberca del manantial? —preguntó la madre dulcemente.

—Estaba jugando al escondite —respondió ella.

La niña se aferró a la mano de su madre y tiró de ella hasta que pudo contemplar la imagen de ambas en el espejo plateado de las aguas.

—¿Y has descubierto a alguien aquí? —volvió a preguntar la mujer a través del inquieto reflejo de su imagen.

—Sí —dijo la niña—. He descubierto al que le enseñó al jardinero a plantar las rosas y a cuidar de los árboles.

Y acercando su rostro al espejo del agua, susurró con una sonrisa:

—Es muy tonto. Se quería esconder en mi mirada.

El nuevo jardinero

Con la llegada de una nueva primavera, el jardín volvió a estallar en promesas de vida y crecimiento, elevando al cielo sus ofrendas de aromas y colores.

Los tiernos retoños de los árboles se estiraban decididos en el aire terso de la mañana, trazando con su impulso las mareas invisibles de la tierra a través de su especie. Aquí y allí ofrecían el apeadero verde tierno de sus hojas a los insectos que, poblando el cielo de rumores, se atareaban saltando y danzando por entre vástagos y flores.

Una calma densa parecía colmarlo todo desde ninguna parte, una paz que parecía nacer de todos y cada uno de los átomos y los instantes de la creación.

El aprendiz, que aquella mañana se había desvelado con el alba, contemplaba en silencio el espectáculo de la Vida. Hacía ya un año que había partido el jardinero, pero el jardín había vuelto a brotar con todas las fragancias de su alma, como si quisiera rendir un silencioso homenaje al hombre que tanto amor había puesto en sus rincones.

El aprendiz sonrió al cielo.

—¿Por dónde te llevarán tus pasos, loco obstinado? —murmuró para sí.

Él era ahora el nuevo jardinero. Había sido él el que había afinado y dispuesto los instrumentos vivos del jardín, el que

los había templado por texturas y colores para que, llegado el momento, pudieran lanzar al firmamento las notas alegres de su concierto de primavera.

Se sentía orgulloso al contemplar el resultado final de la obra, aunque sabía que su contribución había sido la de un mero colaborador del orden natural, tal como le había explicado el jardinero en más de una ocasión.

—No somos nosotros los que creamos la belleza del jardín —le había dicho—. Eso es obra de Dios y de la naturaleza. Nosotros no somos más que ayudantes silenciosos, observadores maravillados y activos de la exuberante belleza de la Vida.

Sí, el jardín latía con el pulso de la Vida un año después de la partida del maestro, y el aprendiz sabía que, con ello, se había graduado como jardinero. Y también sabía que, al igual que aquel que le enseñó, él no era más que un órgano, importante, sí; pero un órgano más al fin y al cabo, de ese inmenso ser vivo dotado de alma y espíritu que era el jardín.

El arte de la jardinería

Un hada y un duende observaban desde las frondas de un helecho al aprendiz, hechizado en medio de la mañana ante la contemplación del vergel.

—No lo ha hecho mal, ¿verdad? —le dijo el hada al duende.

—No, no lo ha hecho nada mal —respondió éste—. Aún no tiene la maestría del jardinero; pero creo que, con los años, alcanzará su destreza.

Los dos seres guardaron silencio mientras volvían a observar al aprendiz con detenimiento. Y así estuvieron durante un buen rato, hasta que, con un repentino arrebato de indignación, el hada estalló:

—Y si está haciendo su trabajo tan bien, ¿por qué sigue siendo incapaz de vernos?

El duende se volvió sorprendido hacia el hada y la miró sin decir nada. Luego, como en un destello de lucidez, sonrió y contestó:

—Porque hasta ahora sólo ha aprendido la técnica de la jardinería. Va a necesitar más tiempo para aprender el arte de la jardinería.

La imagen de la creación

Un joven de mirada soñadora apareció un día en el pueblo preguntando por el jardinero. No tuvo que caminar mucho para saber que el jardinero ya no estaba allí, que hacía ya un año que había desaparecido por el mismo camino que le había visto llegar, y que nadie sabía a ciencia cierta las razones de su partida. Unos le dijeron, levantando el dedo como en una sentencia, que probablemente estaba huyendo de la justicia por algún delito cometido con anterioridad a su llegada al pueblo; otros, más sosegados, decían que, seguramente, algún familiar rico le habría dejado una herencia en algún lejano país; y otros, sin poder ocultar una sonrisa maliciosa, especulaban que quizás habría sido un desengaño amoroso el que le había hecho buscar otro hogar para su alma atormentada.

Al final, confuso ante tan dispares conclusiones, el joven pidió que, al menos, le indicaran el camino hacia el jardín, para así poder sentir a aquel enigmático personaje, aunque sólo fuera a través de su obra.

El jardín le recibió con el soplo húmedo y perfumado de su atmósfera, invitándole a vagar por sus senderos y a buscar los rincones umbríos de su ser. Se entretuvo en algunos de ellos y, luego, ya entrada la mañana, deambuló por las inmediaciones del arroyo, deteniéndose de cuando en cuando para

aspirar el aroma de una flor o para contemplar la danza del Sol en las piedras húmedas y redondeadas por la corriente. Por fin, al doblar un sendero que se alejaba del arroyo en la parte alta se encontró con el aprendiz que, sudoroso y reluciente bajo el Sol, estaba levantando la tierra con la azada.

—¿Eres tú aquel que dicen que aprendió del jardinero el arte de las flores y de las plantas, del cuidado y el amor de los árboles? —le interrumpió el joven con la ingenuidad de un niño.

—Si te refieres a si fui yo su aprendiz, sí, lo fui —respondió el aprendiz dejando su trabajo.

El joven de la mirada soñadora bajó la cabeza con un gesto triste, y luego, mirando de nuevo a los ojos al aprendiz, continuó:

—Venía buscando al jardinero. En mi tierra oí hablar a un viajero de su sabiduría, y pensé que, después de ayudar a mi padre con la siega y de recibir sus bendiciones, podría venir hasta él para beber de la fuente de su conocimiento. Pero ya veo que no he tenido la misma suerte que te sonrió a ti.

El aprendiz esbozó una sonrisa de afecto, dejó la azada apoyada en una roca y, limpiándose la tierra de las manos en un trapo sucio, le pidió que le acompañara hasta una elevación cercana desde la cual se divisaba una gran parte del jardín.

—En el pueblo no han sabido decirme dónde ni por qué se fue —prosiguió el joven—. Unos dicen que huía de la justicia, otros que había heredado algo en algún país lejano y otros que había sufrido un desengaño amoroso, y que ésa era la razón de su ausencia.

El aprendiz soltó una sonora carcajada, y algo en su interior se sorprendió al darse cuenta de lo mucho que se había

parecido su risotada a aquéllas con las que solía estallar en su regocijo el jardinero.

—Nada de todo eso —le dijo al joven cuando se recobró—. Las personas siempre buscan razones para lo que no comprenden, y quizás las razones que buscan sean coherentes con las que les hubieran llevado a ellas a tomar una decisión como ésta.

El aprendiz hizo una pausa y bajó la cabeza con una sonrisa triste.

—Los que no han aprendido a escuchar a su corazón no pueden conocer ni comprender las razones que llevaron al jardinero a abandonar su jardín y a buscar su sendero en lejanas tierras.

—Entonces, ¿tú sabes dónde está? —preguntó el joven con una expresión de esperanza.

—No. No sé a dónde ha ido —respondió el aprendiz con ternura—. Nadie sabe qué horizontes han recibido el calor de sus pisadas.

El aprendiz posó su mano en el hombro del desilusionado joven y le invitó a sentarse a los pies de un gran pino que dominaba con sus gruesas ramas aquel mirador privilegiado.

—Pero lo que buscas lo puedes encontrar igualmente en el jardín —continuó, invitándole con un gesto a contemplar las enormes extensiones del vergel.

—¿Cómo puede ser eso? —preguntó extrañado el joven soñador—. ¿Cómo puede la creación enseñar lo que sólo sabe su creador?

—Porque el jardinero hizo su jardín a imagen de la creación, siguiendo los planos que la Vida le había mostrado en las sigilosas cañadas, en el murmullo cristalino de los arroyos y en las brisas melodiosas de las montañas.

»El jardín es como un libro: abierto para los que abren su corazón a la comprensión de lo que la Vida quiere mostrarles, cerrado para los que se alejan de ella al amparo de los paraísos de barro que inventaron los hombres.

El aprendiz guardó silencio por un instante mientras su mirada se perdía en la lejanía.

—Los hombres pasan —continuó—, pero la Vida permanece. Y así también el jardinero se fue, como se fueron las rosas que mimaron sus manos y los lirios que recibieron sus caricias. Pero quedó el jardín; la imagen sensible de tu corazón, de mi corazón, animado por el fuego inextinguible de la Vida que somos desde los confines de la eternidad.

»No lamentes el no haber encontrado al jardinero, pues las palabras del jardinero no eran más que el reflejo de la Vida contemplada en las frondas del jardín.

Un nuevo hogar

El joven de la mirada soñadora se quedó a vivir con el aprendiz en la cabaña. Había espacio suficiente para los dos, y el aprendiz pensó que entre dos hombres jóvenes sería más fácil cuidar el jardín. Así había sido durante los años en que él mismo fue instruido por el jardinero. Y, por otra parte, su compañero podría aprender allí todo lo que él había tenido la suerte de aprender con su maestro.

Pronto se familiarizó el novicio con la geografía y la vida del jardín. Aprendió a amar todos sus hitos y recodos, desde el estanque hasta el gran roble, desde el arroyo cantor hasta el pozo junto al albaricoquero. Y aprendió a deleitarse con los rasgos de su presencia, aquellos que le daban su carácter y su razón de ser: las fragancias de la albahaca, la ajedrea, la salvia y el tomillo; el perfume de las lilas, el jazmín y las violetas; el tacto amable del tronco del abedul y el áspero abrazo de las hojas de los rosales; el verde apasionado de los brotes nuevos de los pinos y el brillo plateado de los olivos en las noches de Luna.

También se familiarizó con los lugares de los alrededores del pueblo y del jardín, con el barranco de las tierras rojas, el valle del tejo y la montaña, con el pino del despeñadero y con el lago.

Pero por encima de todo amaba el rincón del Manantial de las Miradas. Se deleitaba en la paz de sus reflejos, y se pasaba las horas escribiendo o meditando, con la espalda apoyada en la piedra de la alberca.

Muchas noches le descubrió allí el aprendiz, contemplando la Luna y las estrellas; unas veces con el alma puesta en el cielo, otras con la mirada suspendida en la Luna de su acuático espejo.

El joven de la mirada soñadora encontró su hogar en el jardín... y el jardín lo estrechó en su abrazo para darle la bienvenida.

La carta

Aquel hombre apareció un atardecer por los senderos del jardín. Su porte le señalaba como a alguien favorecido por la fortuna, pero en sus ojos se apreciaba el delirante oleaje de un alma atormentada. En una mano llevaba una carta lacrada. En la otra, oculto, un pequeño frasco. Y en su andar se adivinaba el paso lento pero decidido de la determinación.

En la deriva de su alma, el sendero le llevó hasta un rincón donde el aroma dulzón de una higuera daba el contrapunto fragante a la música de aguas y rocas del arroyo. Allí detuvo sus pasos, mirando el suelo delante de sus pies, absorto, ausente de tanta belleza como reinaba a su alrededor.

Buscó un lugar en medio de la espesura, una piedra grande sobre la que sentarse, y allí se quedó durante un largo rato observando el sobre cerrado de la carta que sujetaba entre sus dedos.

El viento sopló delicadamente por entre las hojas, una leve brisa acarició su rostro, pero el hombre no reveló ni el más leve signo que indicara que la hubiera percibido.

De pronto, cerca, muy cerca de él, comenzó a escuchar el canto de un ruiseñor.

El hombre no pudo ignorar sus trinos y, olvidándose de la carta, cerró los ojos para escuchar con todo su ser las melodías y armonías de su canto.

Así estuvo durante largo tiempo, embebido en los matices sinuosos del trino que inundaba el lugar, meciendo su alma con las cadencias y giros de aquel gentil intérprete. Y lentamente, muy lentamente, una débil sonrisa se esbozó en su rostro atormentado.

Después de una eternidad, el hombre abrió los ojos poco a poco y, levantando la cabeza, intentó descubrir el lugar de donde provenía la hechizante melodía. Alcanzó a atisbar un movimiento leve entre las hojas, pero no conseguía descubrir a aquella ave que tanto se resistía a abandonar el escenario de su concierto. Rebuscando con la mirada entre el follaje, sin querer moverse del lugar en el que se encontraba por no ahuyentar a su pequeño acompañante, vio por fin la frágil silueta de un pájaro, con la cabeza elevada al cielo, entonando su canto como si elevara un himno de alabanza a la Vida.

Se quedó mirando al pequeño animal como si fuera la primera vez que veía un ruiseñor, y entonces se dio cuenta de que se apoyaba en la rama con una sola pata. De la otra no quedaba más que un pequeño muñón que, de vez en cuando, apoyaba para cambiar su posición.

El hombre bajó la cabeza y se puso a llorar, como un niño al que le hubieran quitado a su madre, como un hombre que llevara un milenio escondiendo sus lágrimas en los arcones del olvido. Y su llanto se fundió con las cadencias graves del ruiseñor que, misteriosamente, parecía entonar ahora lamentos tristes y melancólicos.

Lloró y lloró hasta que se hizo de noche, con un llanto amargo y profundo, rendido su pecho, desarmado ante las acometidas del dolor. Y mientras, el ruiseñor seguía acompañándolo con los cálidos lamentos de sus trinos.

Entró la noche y se hizo madrugada, entregándose al fin el ave al sueño, y el hombre abandonó la espesura en silencio, sumido en los misterios de su alma.

Bajo la luz ámbar de una Luna recién amanecida, el hombre echó su carta en el estanque y regresó a su hogar.

Las aguas del estanque

Cayó el silencio como un impalpable manto, como si hubiera estado esperando un resquicio entre los sueños de los mortales. La callada presencia de las estrellas descendió con el rocío sobre la vida inerte del jardín, y el vacío dominó el reino que, instantes antes, gobernara el dolor.

El dolor. Desvanecido en la inmensidad del espacio...

¿Acaso es real esa pesadilla, ese espejismo obstinado que nos muerde las entrañas con furia y que no podemos apartar de nosotros?

Dímelo tú, Luna. Tú que entiendes de ensueños. Tú que has visto los sueños y las pesadillas de toda una humanidad cabalgando las estelas de los milenios.

¿Es acaso real ese dolor que nos hace desear la inexistencia? ¿O no es más que otra parte del sueño de la vida, el rostro amargo del espejismo en el que viven los que no se dan cuenta de que su verdadera faz es la del universo todo, la de la Vida?

¿Qué es el dolor?

¿El tributo que debemos pagar por entregarnos en brazos de la inconsciencia? ¿Sólo eso?

¡Y es tanto!

Hay que despertar...

Hay que despertar de este mal sueño.

Las aguas del estanque contienen el aliento. Sobre su tersa superficie, una carta empapada se hunde en la oscuridad de sus profundidades.

La adivinanza

— Si echas una piedra en el estanque, ¿cuántas ondas saldrán en el agua? —preguntó la niña de los ojos negros al aprendiz.

Éste, sentado en una roca a orillas del estanque, se volvió hacia la niña que, desde detrás de su hombro, le intentaba sorprender con su adivinanza.

—No sé. ¿Siete? ¿Ocho?

—No —respondió la niña con una sonrisa pícaro.

—¿Diez?... No sé... ¿Cuántas? —se rindió por fin el aprendiz entre risas.

La niña hizo un gesto de satisfacción.

—La respuesta es «muchas».

—¿Muchas?! —exclamó el joven.

—Sí. Muchas.

—¿Qué adivinanza más rara...! —dijo el aprendiz—. Ésa no es una respuesta para una adivinanza.

—Sí, sí que lo es —insistió la niña.

—¿Por qué?

La niña de los ojos negros adoptó un aire serio.

—Porque si te pones a contar cuántas ondas salen en el agua al echar una piedra en el estanque, dejas de prestar atención a lo que de verdad es importante.

—¿Y qué es lo importante? —preguntó intrigado el joven.

—¡Pues eso! —respondió con impaciencia la pequeña—. ¡Las ondas en el agua!

Hubo un silencio. El aprendiz volvió a mirar la superficie opaca del estanque, mientras se preguntaba perplejo de dónde sacaba aquella niña unas ideas tan... tan... ¿cómo lo diría?

—Oye. —Se volvió de nuevo hacia la niña—. ¿Y de dónde te has sacado tú esa adivinanza?

La niña mostró su hermosa sonrisa, mientras un brillo en sus ojos indicaba que estaba esperando la pregunta.

—Ésa me la enseñaron las hadas del jardín.

Al aprendiz se le cayó la sonrisa, mientras la niña se levantaba y se iba dando brincos por el sendero.